

como los ensayos de Peter Handke (Nobel en 2019). Quizá la zozobra con que percibimos el mundo lleva a buscar certezas sobre la realidad y explica la consolidación de la literatura sobre la realidad, con elementos novelescos o no. Los ensayos y la no ficción acaparan las mesas de novedades, y si de fenómenos globales hablamos, el caso de Irene Vallejo es de una extraordinaria singularidad: *El infinito en un junco*, un ensayo sobre la lectura salpicado de experiencia biográfica que se extiende a lo largo casi quinientas páginas convertido en un libro leído y traducido en todo el mundo. La búsqueda de certezas una vez descubierta nuestra fragilidad lleva también a encumbrar a figuras como Yuval Noah Harari, cuyo ensayo *Sapiens* lo colocó en el centro y poco a poco se ha ido acercando a la figura del gurú con mayor o menor predicamento.

### A vista de pájaro

Aurora Egido explicaba a sus alumnos que para entender las innovaciones de los grandes nombres de la literatura hay que entender el contexto, que es mucho más aburrido y plano. Luis Beltrán va en la misma dirección cuando explica que “lo que destaca nunca es lo real”. Tiene dos ensayos listos ya, uno sobre la imaginación, y otro donde se ocupa de las corrientes literarias que dominan desde 1800, inicio del individualismo, *Estética de la modernidad*. Humorismo, ensimismamiento y hermetismo, en cuanto a lucha con uno mismo, son los signos estéticos de nuestro tiempo. Los veo en Vila-Matas, en Vilas, en Lydia Davis, está en las novelas y ensayos de Dubravka Ugrešić. Es curioso que el escritor cuya obra contiene también esas tres corrientes sea Franz Kafka, de cuya muerte se cumplieron cien años en 2024. Así que o bien seguimos en el mismo sitio, o bien Kafka se adelantó unos cien años. ~

**ALOMA RODRÍGUEZ** es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2024 reeditó *Los idiotas prefieren la montaña* (La Navaja Suiza).



## El siglo de las minorías, una tierra fértil

por **Sofía Saravia**

El siglo XXI germinó con la semilla de la esperanza. Décadas de luchas, reflexiones y movilizaciones sociales habían logrado aquello que hacía cien años parecía imposible: que los derechos de las llamadas “minorías” ocuparan un lugar central en los acuerdos redactados dentro de la ONU. Así, en el arranque de siglo, los países miembros de dicho organismo modificaron leyes y emprendieron acciones enfocadas en reducir las brechas de desigualdad histórica para construir sociedades modernas, tolerantes y multiculturales. La encomienda para el nuevo milenio era clara: un mundo nuevo solo podía construirse con naciones genuinamente democráticas, abiertas a la inclusión y participación de todas sus diversidades.

Para edificar esos nuevos cimientos era necesario debilitar las estructuras que habían sostenido el orden social por más de doscientos años; en particular el patriarcado y el colonialismo. Por un lado, las feministas enfocaron sus esfuerzos en consolidar la despenalización del aborto, la autonomía sexual, la lucha contra la discriminación y las violencias de género en sus legislaciones nacionales y locales, principalmente en Europa, Asia

Central, Latinoamérica y el Caribe. Si bien desde los ochenta se había llevado a cabo la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW) para incorporar los derechos de las mujeres a la política pública, no fue sino hasta principios de la década del 2000 que países como México, España, Argentina, Francia, Ruanda y Nicaragua comenzaron a diseñar e implementar marcos jurídicos más

integrales, los cuales poco a poco han ido modelando la incorporación de la perspectiva de género en las instituciones. Tras veinticinco años de trabajo arduo, 127 países hoy en día cuentan con leyes orientadas a la erradicación de la violencia y discriminación contra las mujeres.

A la lucha feminista fueron sumándose también los movimientos por los derechos de la comunidad LGBTQ+. En 2001, los Países Bajos se convirtió en la primera nación que legalizó el matrimonio entre personas del mismo género, y más de dos décadas después el número de países en seguir el ejemplo ha incrementado a treinta (Tailandia, el más reciente, en junio de 2024). Además del derecho a amar libremente y con el respaldo de la ley, otras necesidades, como la autodeterminación de género y la protección contra los crímenes de odio y la discriminación, se han vuelto agendas cada vez más visibles en Oceanía, Europa y América.

Las políticas internacionales del siglo XXI también se dispusieron reconocer y denunciar las consecuencias de la violencia colonialista. El fenómeno cada vez más complejo de la migración masiva y las violencias racistas se abordaron mediante una estrategia global. En 2001 la ONU puso en marcha el Programa de Acción de Durban, el cual establece la obligación de los Estados de eliminar la violencia y la discriminación racial y xenófoba, así como los modelos para lograrlo. Poco después, en 2007, la “Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas” estableció la necesidad de garantizar el reconocimiento legal de las identidades y modos de organización política de los miles de pueblos originarios que resisten dentro de los Estados, además de la urgente protección de sus territorios y herencias culturales. Uno de los logros más esperanzadores del nuevo milenio fue la conformación del Estado

Plurinacional de Bolivia en 2010, el cual propuso un modelo de país que trascendiera la unificación nacionalista para dar lugar a la coexistencia de 36 naciones autónomas indígenas y campesinas.

Todo esto ha originado una transformación innegable del panorama político y la vida cultural en muchos países. Jefaturas de Estado, congresos, organismos internacionales, puestos directivos en empresas, papeles protagónicos en las pantallas: todos los aspectos de la vida pública comenzaron a teñirse con rostros, voces e ideas muy diferentes a las de siempre. La elección de Barack Obama como el primer presidente afroamericano del país más poderoso del mundo en 2008 celebró el inicio de la era posracial, donde el color de piel de una persona ya no era limitante para su libre desenvolvimiento en la sociedad. Esta diversidad permeó también los modelos educativos que priorizan la colaboración, el pensamiento crítico, la creatividad y la tolerancia. Esto, aunado a la apertura cultural de la globalización, ha dado paso a un cambio generacional notable: las juventudes actuales son más versadas y activas en la defensa de la justicia social, así como libres para expresar sus dolores y deseos.

Ante este panorama del primer cuarto de siglo, queda una pregunta abierta: ¿hemos alcanzado, por fin, el utópico sueño del multiculturalismo?

La gran mayoría de la población diría que no. Hoy en día, los mensajes de paz e igualdad que predicán los organismos internacionales sueñan vacíos cuando se siguen cometiendo genocidios a plena luz del día. Cada año se destruyen millones de hectáreas de nuestras selvas, ríos y bosques, y las personas que se han dedicado a su defensa (la gran mayoría pertenecientes a pueblos originarios o afrodescendientes) son asesinadas sin consecuencia alguna. Las devastadoras cifras de

asesinatos, violaciones y desapariciones de mujeres y personas de la comunidad LGBTQ+ no ceden, y en una alarmante cantidad de países estas poblaciones no cuentan aún con derechos básicos. La homosexualidad sigue siendo criminalizada en 67 países (y en algunos como Nigeria, Irán y Yemen es incluso castigada con la muerte), y las mujeres en diversas naciones del Medio Oriente y África subsahariana aún necesitan el permiso de sus esposos o padres para tramitar pasaportes, tener propiedades o trabajar.

Conforme cambia la sociedad, vamos descubriendo nuevas necesidades, nuevos grupos vulnerables como las personas con discapacidad, los adultos mayores, las infancias y los animales. Asimismo, los esfuerzos de sensibilización dentro de las escuelas, instituciones públicas y la industria del entretenimiento resultan insuficientes para frenar la intolerancia que ha impulsado triunfos electorales de políticos que basan su discurso en la exclusión y la discriminación.

La prueba más contundente de ello es la profunda crisis democrática en la que nos encontramos. Existe un consenso general, más allá de las inclinaciones partidistas, de que los sistemas políticos que nos rigen no son de fiar. Por un lado, el discurso de cuño tradicional acusa al multiculturalismo de querer oprimir a la población mediante la censura, la corrección política y las guerras culturales. En cambio, múltiples voces pertenecientes a estas llamadas “minorías” acusan al multiculturalismo liberal de simulación y superficialidad. La tibieza de los gobiernos neoliberales progresistas ha fallado en atender las raíces de la desigualdad pues, en vez de enfocarse en cambiar los modelos del Estado capitalista, simplemente ofrecen una representatividad simbólica (el llamado *tokenismo*) dentro de espacios culturales y políticos que, desde